

A través del espejo

Un poco más sobre Nietzsche

Hugo Hiriart



Cartel conmemorativo del centenario de Nietzsche, 2000

Murió Olivier Debroise, no lo traté mucho, pero en ese poco, recuerdo entre otras ocasiones un regreso de Cuernavaca en el que hablamos sin parar, me impresionó su frescura. Era arrojado, impetuoso. Y así lo acometió la muerte arrojada, impetuosamente. Y de pronto ya no está, y nosotros como siempre que alguien muere, tenemos la sensación de no haber sido suficientemente buenos.

Me convidó la impecable Anamari Gomis a un simposio con el tema enfermedad y literatura, una tema (así en femenino lo ponían los clásicos) mansa y propicia: ¿Quién no puede contar algo que valga la pena sobre una presencia tan persistente y ubicua en nuestra vida como la de la enfermedad? Así que comparecía tranquilo al mediodía a un auditorio de Filosofía y

Letras cuando me acometió, en una de esas ironías reflexivas, el cocinero que se guisa unos huevos, el que va a hablar de enfermedad está enfermo, tan frecuentes, una especie de migraña que a veces me asaltaba antes de que el neurólogo y escritor Bruno Estañol diagnosticara cefalea de Horton y prescribiera remedios, así que me serví un café del que ahí obsequiaban, procedí a engullir tres Ibuprofenos, y entré a dar la cara en el auditorio. Ya sentado en la mesa redonda, el dolor me soltó. Y está por leer su ponencia el doctor Antonio Rafael Cabrera, reumatólogo, es sobre Nietzsche y es de lo que quiero hablar aquí.

Se trata de la enfermedad que llevó primero a la locura y después a la muerte al filósofo. Todos creíamos que el mal era la sífilis, pero el doctor Cabrera nos hizo saber que detallados y recientes estudios de médicos alemanes fundados en documentos clínicos concernientes al filósofo, preservados en hospitales, acreditan que Nietzsche no sólo no murió de sífilis, sino que nunca padeció esa enfermedad. Todo indica que murió de otra cosa, también atroz, llamada demencia frontotemporal o enfermedad de Pick.

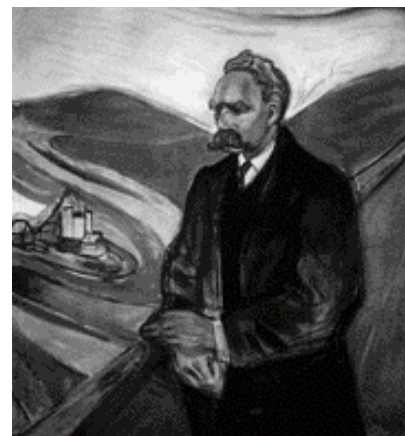
Varios síntomas de la demencia frontotemporal coinciden con los que se observaron en Nietzsche, por ejemplo, que antes de que se manifieste de lleno el poder devastador del padecimiento el paciente incrementa en forma notable su habilidad verbal, y Nietzsche hacia el final de su vida escribió a velocidad asombrosa cientos de páginas brillantísimas. Libro tras libro iban siendo concluidos por el pensador sin acusar desmayo, y con desenfoces o aumentos de su autoestima no desmesurados, que pronto, cuando em-

piece a firmar sus cartas como el Crucificado, desbordará la enfermedad a delirios de grandeza. Además se registró un aumento casi desenfrenado en el consumo de carbohidratos, también propio del padecimiento, que incluye desórdenes alimenticios —ya en la noche, por su enfermedad, Nietzsche comía vorazmente cualquier cosa y había que cuidarlo para que no ingiriera sus propias heces.

Su madre y su hermana, Elisabeth, la manipuladora, se hicieron cargo del filósofo en el hospital. En sus momentos de mayor lucidez recordaba, por ejemplo, que él había alguna vez escrito libros hermosos o también, cuando vio casualmente una foto de Richard Wagner que traía su hermana, sorprendentemente declaró: “yo quise mucho a ese hombre”, pero fueron momentos excepcionales en un oscurecimiento casi total.

Sé fuerte, valiente corazón mío,
no preguntes ¿por qué?

Escribió el gran poeta, al final, en el diti-rambo a Dionisos titulado *El sol declina*.^[1]



Edvard Munch, Nietzsche, 1906